

# MURCIA EN LOS VIAJES POR ESPAÑA

POR

ANTONIO PEREZ GOMEZ

Cuando el autor escribe estas cuartillas, lo hace con el ambicioso y optimista proyecto de que este trabajo encabece una serie de ellos sobre el mismo tema. Sintió la tentación de trazar, debajo del título, una «i» mayúscula que, en numeración romana, expresara el carácter de «primero» del presente artículo. Un concepto más realista de las cosas le advirtió a tiempo que el cansancio, la ausencia de rigurosa constancia, la falta de materia, o, —y esto es lo más seguro—, la limitación de sus cualidades de investigador, pudieran tener como consecuencia la muerte, apenas nacido, del proyecto.

No carece de interés el tema. Nuestra patria, por una serie de circunstancias, ha despertado desde siempre el interés de turistas «ilustrados», de personas con curiosidad intelectual y artística, afanadas en desear ver y conocer este país que, en el extremo del continente europeo, fué cuna de civilizaciones gloriosas sucesivas, cantera inagotable de personajes que llenaron las páginas de la historia con sus vidas o sus obras, testigo de fastos de universal resonancia y cabeza del más vasto imperio que el mundo conoció. La bibliografía que de los *Viajes por España* escribió Arturo Farinelli, ocupa gruesos volúmenes y está siendo objeto de continuas adiciones por los eruditos que se dedican a esta materia.

Dentro de la península, forzoso es reconocer que no ocupa nuestra



ciudad un rango privilegiado en las preferencias de los viajeros que la visitaban. Para quien, con ánimo de empaparse en el paisaje y en la vida española, cruzaba nuestra frontera, se ofrecían como lugares de atracción máxima Castilla con sus pueblos y campos grávidos de historia, Madrid, la Corte, almoneda de intrigas, escenario de la vida oficial y depositaria de tesoros artísticos, Toledo, el Toledo de Carlos V y del Greco, y Andalucía verdadera cuna del pintoresquismo español, tablado de lo imprevisto y de lo sorprendente y archivo copioso de cuanto en las cosas dejan a su paso siglos de esplendor.

Murcia cae un poco lejos del camino necesario para satisfacer el deseo de adentrarse en estas ciudades y regiones citadas. Para desviarse hacia nosotros, se precisaban viajeros o con muchos meses disponibles para sus periplos, o con una mayor curiosidad hacia España traducida en el deseo de conocerla en su totalidad. Aun en estos casos, es difícil encontrar estancias prolongadas de extranjeros en nuestra ciudad, siendo lo más frecuente que su contacto con ella quedase reducido al paso fugaz y rápido, casi de horas, en la ruta de Valencia o Alicante a Granada.

Pero en todo caso revisten un extraordinario interés para nosotros las impresiones y comentarios de los viajeros que se enfrentaban con nuestra ciudad por primera vez, y más aún cuando se trataba de personalidades nacidas y formadas en otros países, acostumbradas a paisajes distintos, con una formación cultural diferente, asaltados por preocupaciones religiosas o políticas de muy otra clase que las que constituían el bagaje de inquietudes usual en el español. Venían de sus ciudades con costumbres, organización arquitectónica, ritmo de vida, modo de vestir, de accionar, de hablar peculiares y, las más de las veces, en abierta pugna que los nuestros.

¿Cómo veían estos viajeros nuestra hermosa vega, al asomarse a ella? ¿Qué sensaciones despertaba en ella la bella torre de nuestra catedral, esa buena moza que, como decía don Andrés Baquero «cuando le da el sol, se pone colorada»? ¿Cómo reaccionaban ante nuestras costumbres y hábitos?... Y, ¿cómo era en diferentes épocas, nuestra Murcia a los ojos de los turistas «ilustrados» que buscaban en sus viajes algo más que el ameno empleo de unos días de vacación dando tumbos por fondas y diligencias? Vamos a dedicar unas páginas a satisfacer esta curiosidad tan legítima.

Comencemos al azar, y sin plan preconcebido. La primera obra que nos atrae en los estantes de nuestra biblioteca es la traducción francesa de un viaje por España hecho en el siglo XVIII, casi hacia finales del mismo. Originariamente fué escrita en inglés, porque a esta nacionalidad pertenecía el autor, y publicada en Londres en 1791 en tres volúmenes. Fué posteriormente traducida al francés, primero a comienzos del si-



glo XIX, y más tarde a mediados del mismo, y no ha sido nunca publicada en versión española. Su título es: *A Journey through Spain in the years 1786 and 1787*.

El autor de esta relación es el sacerdote británico Joseph Townsend de quien tenemos muy escasas noticias. Hizo un viaje largo por nuestra patria; unos dos años. Observa en el relato que nos hace de sus andanzas en la península, una gran minuciosidad; venía, como buen inglés, con deseo de verlo todo, y quizá creyendo también comprenderlo todo de antemano. Observó las precauciones máximas para ser bien recibido y atendido en las ciudades que visitara, porque a la nuestra llegó provisto de cartas del Conde de Floridablanca para algunos prohombres murcianos. Nos quedamos sin saber quienes fueran sus destinatarios, porque Townsend creyó que las había perdido en la aduana de Cádiz, al no encontrarlas de primer intento en su equipaje, y cuando las halló ya tenía decidida su salida de nuestra ciudad hacia Orihuela.

Sobre nuestro viajero emitió más tarde un juicio un poco despectivo otro visitante de nuestra patria, Bourgoing, que nos dejó escritas sus impresiones en su obra: *Tableau le l'Espagne moderne*, reprochándole alguna precipitación en sus juicios y quizás excesiva confianza en la credulidad de sus lectores. La traducción francesa que manejamos tiene el detalle curioso de que, impresa en 1809, el traductor J. P. Pictet-Mallet, en el prefacio con que la presenta a los lectores, alude a que España ha estado sumida largo tiempo en un sueño letárgico, y que, ahora, en 1809, bajo un nuevo gobierno, está llamada a recobrar el lugar que le es debido entre las potencias de Europa, e invita a los franceses a un mayor intercambio de relaciones con esa nueva España que entonces nace.

Al aludir antes al azar como única razón de haber comenzado por esta obra, quizá hayamos procedido un poco a la ligera. Cuando la mano se dirigió a donde el libro se encontraba iba orientada por motivos que no por ser subconscientes dejaban de ser concretos. En el relato de viajes que vamos a examinar a la busca de alusiones relacionadas con esta región, se contienen muy tempranas y extensas referencias al esparto que constituye una de las principales riquezas industriales y forestales murcianas. Y es de sobra conocida la vinculación estrecha que con esa economía tiene el autor del presente artículo.

Townsend entra en nuestra comarca, procedente de Granada y en ruta hacia Cartagena, y al asomarse a nuestras tierras, encuentra frente a sí páramos extensos y cerros pelados que sólo producen esparto. Y, cuando más adelante, se tropieza con labriegos que usan alpargatas con suela confeccionada con dicha fibra, se despierta su curiosidad, comienza a preguntar e inquirir, y nos da en varias páginas de su libro el más largo comentario de la época salvo las *Memorias* de Larruga, obra espe-



cializada en temas económicos— sobre esta fibra tan fundamental en la industria de nuestra región y de varias limítrofes con Murcia.

Y son muy curiosos los datos que recoge, porque no sólo constata la fabricación de cuerdas, unas veces con esparto hilado, como cáñamo, y otras simplemente machacado, y sus excelencias en aplicaciones marineras por sus cualidades de flotabilidad, sino que añade a la confección de hilos muy finos aptos para la elaboración de telas, y añade: «no es dudoso que si se alientan las iniciativas, no pueda llegarse en estas manufacturas a tal grado de perfección, que esta planta, antes inútil, podrá convertirse en fuente abundante de riquezas para las provincias meridionales de España». Con su meticulosidad por las cifras, nos indica que el Gobierno ha establecido un impuesto del dos y medio por ciento sobre la exportación de esparto trabajado, y de nueve maravedís (7 céntimos) por arroba sobre la del esparto en bruto, y que tras una breve etapa de restricciones de exportación, para estimular y fomentar la manufactura indígena, le fué concedido a Juan Bautista Condom, de Madrid, la exclusiva o monopolio para todas las exportaciones de esparto.

Con sus casi veintidos mil habitantes, en aquella época, nueve parroquias y diez Conventos, y en plena decadencia ya sus industrias de fabricación de tejidos de seda y de lana, recibe Lorca a su visitante. Por entonces, el sueño dorado de los lorquinos es la construcción de un canal hacia Cartagena que pondría en regadío más de trescientos mil acres de buenas tierras. Encantan a nuestro hombre los paseos públicos de la ciudad, que le recuerdan los de Oxford, y en los que los vecinos acostumbran a reunirse por las tardes para gozar del entretenimiento a la sombra de sus frondosos árboles. Y encarece la fertilidad del campo que, pese al sol violento, y a los rudimentarios sistemas de cultivo, devuelve pródigo, al labrador, cien veces la semilla invertida. Señala el predominio del olivo y la morena, y la existencia de numerosos ganados de corderos, conducidos por pastores asistidos de robustos mastines, bien provistos de collares con agudas defensas, que hacen suponer al viajero la existencia de lobos en la comarca.

Y después de dejar atrás el poblado de La Penilla, llega Townsend a Cartagena que es la ciudad murciana a que más atención se concede en el libro y la en que mayor tiempo se detuvo su autor. Pronto descubrimos la causa de esta preferencia al saber que allí le aguadaba su coterráneo, el comerciante inglés M. Macdoneil, que ocupaba destacado lugar en la vida mercantil cartagenera y era el más importante exportador de productos nacionales. De él debió recoger los numerosos datos de carácter económico, que llevó a sus notas de viaje, y de los que vamos a entresacar sólo los más curiosos.

La bella ciudad es ya una urbe importante para la época pues cuenta



con quince mil familias y más de sesenta mil habitantes. El castillo que preside la colina en que se encuentra enclavada se arruinó y se han elevado, en las alturas vecinas, obras importantes de fortificación en defensa del puerto y del Arsenal. Tiene anchas calles y casas cómodas, provistas de terrazas en que procuran a sus ocupantes estancia agradable y cómoda al atardecer y en la noche el plácido goce de la fresca brisa del mar. La Catedral se resiente, con su mísero aspecto, del traslado a Murcia de la residencia del Obispo, y ha quedado relegada a humilde parroquia. Tiene ocho conventos de frailes frente a uno solo de monjas, proporción que sorprende al viajero.

Se dedican varias páginas al Arsenal criticando la organización de los trabajos, el empleo de presidiarios en las labores y faenas, la suciedad de los diques y canales, y los daños que las fermentaciones y putrefacciones, por estancamientos prolongados de las aguas, producen en los cascos y mástiles de las embarcaciones. Y no deja de echar su cuarto a espadas insinuando y sugiriendo reformas que corregirían los males y aumentarían el rendimiento de los trabajos. Sus apreciaciones no son fruto de una visita detallada de las instalaciones, que no pudo hacer por ser necesaria para ello una autorización escrita de Madrid que había olvidado procurarse, sino de un examen desde las colinas próximas y desde las terrazas de algunas casas vecinas que dominaban toda la extensión del recinto.

Como es lógico, se dedican a las faenas pesqueras extensos comentarios. La pesca en el interior del puerto, se encontraba arrendada a una sociedad, con sus Estatutos, compuesta de diez y ocho asociados, siendo las dos clases de peces más frecuentes el atún y la melva que se vendían, usualmente, al precio de diez reales por arroba el primero, y de sesenta reales el centenar la segunda. Pero como gravamen, por este carácter de monopolio, había de venderse, en beneficio de los pobres, la mitad del pescado obtenido cada día, y reservar al Rey una cuarta parte que se traducía en satisfacerle la mitad de los beneficios económicos alcanzados. Dentro del puerto estaba prohibida la pesca de noche para evitar que, a pretexto de ella, pudieran hacerse operaciones de contrabando. Los encargados de señalar los precios de venta, eran los Regidores que hasta 1750 disfrutaban como compensación de ese servicio del derecho a tomar, gratis, el pescado que necesitaban para su uso, y después de dicha fecha, con la obligación de pagarlo al precio que ellos mismos fijasen a ese efecto. Townsend nos dice que los Regidores negociaban con esa sinecua, revendiendo el pescado que retiraban con una ganancia de más del sesenta por ciento que se repartían equitativamente.

La pesca fuera del puerto era libre para todos los marineros enrolados y se encontraba exenta de los impuestos de alcabala, millones y arbitrio y de toda clase de tasas: la sal empleada y que les proporcionaban



las salinas reales, la pagaban a un real menos, y disponían para liquidarla de seis meses de crédito. Exportaban la pesca ya salada, sin impuestos de ningún género salvo el dos por ciento a la corona, pero se quejaban continuamente del pillaje de que eran víctimas por parte de los intendentes de la marina.

La fabricación de barrilla o sosa merece también gran atención en este relato; se nos detallan las plantas que en esa elaboración se empleaban, y se pone de relieve la superior calidad de la producida en Cartagena en relación con la de otros centros productores del extranjero. Calcula en ciento cincuenta mil quintales la cantidad que era objeto de exportación, gravada con un impuesto de diez y siete reales por quintal y una renta anual para el Erario de más de veinticinco mil libras esterlinas. Se nos señala lo excesivo de este impuesto, que era bastante más moderado años anteriores, y que había producido la retracción de los mercados compradores, sobre todo del francés, que habiendo sido cliente asiduo de España se había visto obligado a acudir a Sicilia como fuente de abastecimiento más barato. No olvida Townsend presentarnos a su amigo Macdonell como uno de los propulsores del incremento en el cultivo de la barrilla y el factotum, por tanto, de las altas cifras logradas en los últimos años en la producción de sosa.

Con bastante detalle se expone la forma en que se explotaba el suelo en las operaciones de cultivo, parte en regadío mediante elevación de aguas subterráneas con norias, y el resto, la mayor extensión, en secano, principalmente en cereales, trigo, cebada y centeno, a tres suertes, con descanso, y a veces con una cuarta de barrilla. No se olvida ni de anotar la condición de la tierra, ni los trabajos preparatorios, ni las fechas de sembradura, ni el normal rendimiento al labrador. El trigo se muele con molinos de viento. El agua es escasa y muy cara. Macdonell invierte más de una libra esterlina al mes sólo para los gastos de transporte de la necesaria para las atenciones puramente domésticas de su casa.

El arbolado es vario; olmos, álamos, olivos, higueras, granados, moreras, albaricoques, palmeras y jinjoleros, éste último desconocido para Townsend que nos lo describe diciendo que produce un fruto «extremadamente dulce, parecido a la aceituna en forma y tamaño, pero con hueso más chico, y con hojas similares a las del fresno, de un verde más oscuro y de superficie más brillante». Y entre los arbustos destaca el palmito, con sus hojas en forma de abanico, sus racimos de dátiles sabrosos, sus aplicaciones en sustitución del cáñamo para algunos usos, y su jugosa raíz semejante a la alcachofa.

Varias páginas se dedican a describir una de las enfermedades que en repetidas ocasiones produjo estragos en Cartagena; la fiebre pútrida e intermitente, originada por las condiciones de insalubridad que eran con-



secuencia de las lagunas próximas, que ocasionó dos mil quinientas defunciones en otoño de 1785 y dos mil trescientas más en el año siguiente. Y se nos informa del curioso conflicto que se produjo por la insistencia del Gobierno y del Rey en que la plaga fuese combatida exclusivamente, y prohibiendo el empleo de cualquier otro tratamiento, con el prescrito por el médico madrileño don Joseph Masdeval y que su propio inventor bautizó con el nombre de «opiata», cuya composición se transcribe. Hubo sus más y sus menos, e incluso sería huelga de médico ante la coacción que sobre ellos se pretendía ejercer privándoles de la libre aplicación de sus conocimientos y experiencias, y de enfermos que se negaban a someterse al tratamiento de Real Orden. A la postre se llegó a una solución ecléctica. Libertad de tratamiento para la población, y «opiata» y sólo «opiata», para los dolientes del Hospital real.

Tras unas cuantas informaciones sobre la composición del Concejo, sobre la administración de justicia, sobre la sucesión en cargos o venta de los mismos, régimen carcelario y otros aspectos de la administración poniendo continuamente de relieve el ambiente de inmoralidad, de soborno y de abusos en que se desenvolvía, pasa nuestro viajero a ocuparse del problema vidrioso de la falta de fidelidad mutua, general, en las gentes dentro del matrimonio que le da pie para contarnos alguna que otra anécdota de franca chismografía y carácter de chiste de comidilla. Townsend atribuye esto que él llama corrupción de costumbres, y aquí asoma el Pastor anglicano, al celibato de los clérigos, a la introducción de las costumbres italianas con el advenimiento al trono de Carlos III, a la rigidez meridional de la vida española con la falta de razonable libertad entre ambos sexos en las relaciones sociales, y sobre todo a la ausencia de predicación evangélica desde el púlpito por entretenerse los sacerdotes, más en fomentar devociones particulares a santos pregonando sus milagros y la eficacia de su protección, que en perseguir elevar la moral de las ovejas encomendadas a su cuidado. No falta la alusión al Fray Gerundio, pero no regatea excluir de sus anatemas a Fray Diego de Cádiz que había predicado recientemente, y cuyas virtudes, elocuencia y humildad son objeto de encendidos elogios.

Y después de casi treinta páginas dedicadas a su estancia en Cartagena, y disparando al salir, como los Partos, su última flecha para decirnos que los Regidores cuando andaban faltos de dineros, inventaban alguna plaga de langosta para sacarle los cuartos al Gobierno y a los labradores simulando su inversión en fantásticas batidas contra inexistentes insectos, se monta nuestro hombre en un «calesín» y toma la ruta hacia nuestra capital.

El viajero llega a Murcia desde Cartagena, y no es extraño que confiese que jamás había visto un paisaje tan bello: los naranjos, los limo-



neros, las moreras y los olivos, la actividad fecunda de nuestra huerta semejante a la de una colmena, el ir y venir por caminos y senderos nuestros huertanos de blanco calzón corto, producen enorme sorpresa a aquel inglés acostumbrado a las plácidas praderas de su patria. Entra en Murcia por la larga avenida adornada de árboles que todavía es el camino de acceso desde el mar. Y este mismo paisaje, esta larga y extensa esmeralda, le acompañará después a la salida en su marcha hacia Orihuela.

Cuando nuestro visitante llega a Murcia todavía no está terminada la torre de la Catedral que tiene aún que cederle el paso, en altura, a la Giralda, a la que pronto ha de vencer. Por la dulce rampa que conduce a su cúspide sube a presenciar desde arriba la deliciosa vista dominando la ciudad, la huerta, y las montañas vecinas; la cadena de montes que la separa de Cartagena, la abertura que da paso al valle hacia Orihuela, y las colinas que al norte se dibujan, con su dulce línea ondulada. Y no escapa a su espíritu de observación la peculiar clase de piedra que se utilizó para la construcción de la torre.

Nos cuenta Townsend algo muy curioso, y quizá Bourgoing no andaba desarcetado en una de sus apreciaciones. Nos dice, que en la base de la torre, que él llama santuario, existía un recinto destinado a servir de refugio a los asesinos para liberarse de la persecución de la justicia o del puñal de la venganza, y que él vió en aquella prisión voluntaria dos homicidios que tenían, cada uno, su cama allí, que le sirvieron de guías en la ascensión a la torre, y que experimentaron singular contento al poder entretenerse en conversaciones con él.

Subraya nuestro hombre la diferencia entre la majestuosidad externa de la fachada principal de la Catedral, y la pobreza en el interior del recinto, que le defrauda un poco. Pero no deja de encarecer las grandes riquezas que en cuadros, y en joyas atesora. Y nos habla de la Custodia de seis quintales y medio, de otra Custodia de oro de más de ocho libras con seiscientas esmeraldas, del Copón de cinco libras de oro con brillantes de valor considerable, de la urna de plata maciza que contiene las cenizas de los obispos Fulgencio y Florentino, y de la pequeña caja guardando celosamente un pelo de la barba de nuestro Señor, traída de Roma por el Cardenal Belluga, obispo, a la sazón, de la diócesis. Nada se nos dice de las entrañas de Alfonso el Sabio.

El lector del libro confiesa que no puede contener fuertes sospechas ante este relato. Supone que su autor tuvo que visitar la ciudad y sus monumentos, acompañado de algún improvisado cicerone que le ilustrara, ante la imposibilidad de valerse de los amigos murcianos a quienes el Conde le recomendó. Y entre los que el «guía» contara al «Míster» —como quizás se llamara ya entonces a todo extranjero—, lo que el «Míster» sacara en claro con su explicable dificultad de comprensión de





lengua, y más aún de la del «guía», y lo que luego llevara a la redacción definitiva de su obra, en el legítimo e irrefrenable deseo de un escritor de contar cosas peregrinas, sólo Dios, con su sabiduría infinita, puede saber qué quedaría de la verdad.

El cura inglés dedica algún comentario volteriano, al relatarnos las riquezas que la Catedral atesora, a las necesidades que podrían atenderse vendiéndolas, poniendo el dinero, producto de ellas, en circulación, y fomentando actividades industriales que serían de seguro altamente lucrativas para la riqueza nacional y para la propia de la capital que estaba visitando.

Nos deja en su libro el recuerdo de que Murcia se encontraba entonces dividida en once parroquias, y contenía dentro de su recinto diecinueve conventos, nueve de monjas, y diez de frailes. Entre éstos señala como el más grande el de los *Cordeliers*, y entre aquéllos, y como el más bonito, el de las *Capuchinas*. Con estas instituciones y centros religiosos se atendía espiritualmente a una población de quince mil familias, cifra que resultaba del último censo elevado al Gobierno.

Tres cosas llamaron, principalmente, su atención. Primero el largo dique de defensa construido en la margen del Segura para liberar a la ciudad de las inundaciones frecuentes, y que tenía la anchura bastante para ser utilizado como paseo cotidiano por el vecindario. Un Vía Crucis en él erigido, prestaba al paseo el doble encanto de satisfacer también las necesidades de devoción y penitencia de los murcianos. La segunda cosa que le maravilla es la enorme cantidad de moscas existentes. Nos dice que aún siendo este insecto frecuentísimo en las ciudades españolas, fué Murcia la que le pareció infestada de una mayor cantidad de ellos, y pone de relieve la existencia en casi todas las casas de un gran abanico suspendido del techo sobre la mesa donde la familia comía, y en movimiento continuo, y el superlujo de algunos potentados cuyas riquezas le permitían el poder tener constantemente a su lado un servidor, sin otra función que ahuyentar las moscas para que no les molestasen.

Y la tercera es la mala calidad de los albergues y posadas. Cuando nuestro visitante nos da cuenta del disgusto que le produce la suciedad del lugar en que se hospeda, aprovecha la ocasión para revelarnos algunos detalles que prueban su curiosidad, y que vienen ahora a satisfacer la nuestra. Una posada pagaba entonces, de tributos, treinta reales diarios, o sea seis chelines, y setecientos cincuenta al año de alcabala. La arroba de aceite estaba gravada con cinco reales y la libra de carne con siete céntimos. Nos llenan de nostalgia los precios de algunas subsistencias que nuestro viajero ha conservado en las páginas de su relato, aunque bueno será decir que es el posadero quien habla por su boca. Treinta céntimos la libra de carne de buey, treinta y tres la de cordero, treinta y siete la



de cerdo, treinta y nueve la de cabrito, y diez la de pan, cuando es muy blanco.

Y abandonemos ya a Townsend, puesto que él también abandona Murcia y se marcha a Orihuela en su carricoche; deja a su izquierda el viejo castillo de Espinardo, y continúa recreando sus pupilas, a todo lo largo de su ruta, en el verde mar de nuestra huerta, con las velas latinas de las barracas, quietas como en día de calma, sobre las olas.

